

JEFFREY ARCHER

Indicios



Colección de catorce relatos, «Tell tale», en la que nos presenta una visión fascinante, emocionante y a veces afilada de la gente a la que ha conocido, las historias con las que se ha cruzado y los países por los que ha viajado en los últimos diez años. En ella descubriremos qué le sucede a un joven detective de Nápoles que viaja a la campiña italiana para descubrir «Quién mató al alcalde». En «Camino a Damasco» conoceremos a un pretencioso estudiante cuya vida cambia por completo al descubrir el origen de las riquezas de su padre. Con «Caballero y estudioso» nos acercaremos a la historia de una mujer de los años 30 que se atreve a desafiar a todos los hombres de una universidad de la Ivy League, mientras que en «Hora malgastada» veremos a una joven que, durante un viaje en autoestop, encontrará mucho más de lo que espera.

Estos relatos cautivadores y de refrescante originalidad demuestran no solo el motivo por el que Archer ha sido comparado con Roal Dahl o W. Sommerset Maugham, sino también la razón por la que The Times lo ha definido como «seguramente el mejor contador de historias de nuestra época».

Para Paula

Mi más sentido agradecimiento a Simon Bainbridge, Henry Colthurst, Naresh Kumar, Christian Neffe, Alison Prince, Catherine Richards, Rupert Colley, Susan Watt, Maria Teresa Burgoni y Vicki Mellor.

Prólogo

Esta es la primera antología de relatos cortos que he escrito desde las crónicas Clifton.

De nuevo, algunos de ellos están basados vagamente en incidentes que recogido en mis viajes desde Grantchester hasta Calcuta, desde Christchurch hasta Ciudad del Cabo. Dichos relatos están marcados con un asterisco, mientras que el resto es resultado de mi imaginación.

En cualquier caso, tras la publicación de Indicios, Rupert Colley me dio una idea para un relato tan irresistible que no quise esperar otros diez años para escribirlo. El resultado es «Confesión», relato que se ha añadido a la edición de bolsillo.

Desde entonces, «Confesión» se ha adaptado a formato teatral en una obra de un solo acto, la cual, junto con «¿Quién mató al alcalde?», supone un perfecto programa para una sesión doble de teatro.

Jeffrey Archer
Marzo 2018

Único

Un desafío

Hace muchos años, un editor del Reader's Digest me propuso escribir una historia de cien palabras que tuviera inicio, nudo y desenlace. Me insistió en que no debían ser ni noventa y nueve ni ciento una.

Por si fuera poco, también me pidió que le entregase el relato en veinticuatro horas.

Mi primer intento acabó en ciento dieciocho palabras. El segundo, en ciento seis. El tercero fueron noventa y ocho. Quizá el lector adivine qué dos palabras añadí.

El resultado fue «Único», el relato que empieza en la página siguiente.

Como curiosidad, este prólogo también tiene cien palabras.

París, 14 de marzo de 1921

El coleccionista volvió a encender su puro, echó mano de la lupa y estudió aquel Cabo de Buena Esperanza triangular de 1874.

—Le advertí que había dos —dijo el marchante—; el suyo no es único.

—¿Cuánto quiere?

—Diez mil francos.

El coleccionista extendió un cheque. A continuación fue a dar una chupada al puro, pero descubrió que se le había apagado. Sacó una cerilla, la encendió y prendió fuego al sello.

El marchante contempló incrédulo cómo las llamas lo devoraban.

El coleccionista sonrió.

–Se equivocaba, amigo mío –dijo–. El mío es único.

Confesión

1

Saint Rochelle, junio de 1941

No había nada capaz de impedir la partida de póquer de los viernes por la tarde. Ni siquiera el estallido de la guerra.

Los cuatro eran amigos o, bueno, al menos, colegas, desde hacía 30 años. Max Lascelles, un tipo enorme acostumbrado a hacer uso de su corpulencia, se sentaba al frente de la vieja mesa de madera; algo que consideraba poco menos que un derecho. A fin de cuentas, era abogado y alcalde de Saint Rochelle, mientras que los otros tres no pasaban de ser meros concejales.

Claude Tessier, el director general de la Banca Privada Tessier, se sentaba frente a Lascelles. Más que haberse ganado aquel puesto, Tessier lo había heredado.

Era un hombre agudo, taimado y cínico. No tenía la menor duda de que toda caridad debía empezar de puertas para adentro.

A su derecha se sentaba André Parmentier, el jefe de estudios de la escuela de Saint Rochelle. Alto y delgado, tenía un profuso bigote rojizo que indicaba el color que había su cabello antes de que quedarse calvo. Era respetado y admirado en toda la comunidad de Saint Rochelle.

Y, por fin, el doctor Philippe Doucet, médico jefe del hospital Saint Rochelle, sentado a la derecha del alcalde. Un hombre atractivo aunque tímido, cuya densa mata de pelo negro, así como su sonrisa abierta y cálida, había conseguido que varias enfermeras empezasen a soñar con convertirse en *Madame Doucet*. Sin embargo, todas aquellas aspiraciones habían acabado en decepción.

Cada uno de los cuatro hombres colocó diez francos en medio de la mesa. A continuación, Tessier empezó a repartir cartas. Philippe Doucet sonrió al ver la mano que le había tocado, cosa que no pasó desapercibida de los otros tres jugadores. El doctor no era el tipo de hombre capaz de esconder sus sentimientos, razón por la que había perdido más dinero que ningún otro a lo largo de todos aquellos años. Como muchos otros jugadores, intentaba no pensar en sus pérdidas a largo plazo, sino que se limitaba a disfrutar de sus ganancias a corto plazo. Se descartó de una carta y pidió otra. El banquero se la dio al momento. Aquella sonrisa siguió imperturbable. No iba de farol. Los doctores nunca van de farol.

–Dos –dijo Max Lascelles, sentado a la izquierda del doctor.

El alcalde no evidenció emoción alguna mientras contemplaba su nueva mano.

–Tres –dijo André. Siempre se acariciaba el tupido bigote cuando creía tener una buena mano.

El banquero le repartió tres cartas nuevas al jefe de estudios. Una vez las hubo comprobado, las dejó boca abajo en la mesa. Cuando uno lleva una mano mala, no tiene el menor sentido intentar tirarse un farol.

–Yo también quiero tres –dijo Claude Tessier. Al igual que el alcalde, el abogado no dejó entrever emoción alguna tras estudiar sus cartas–. Su turno, señor alcalde –añadió, con una mirada desde el otro lado de la mesa.

Lascelles subió otros diez francos para indicar que seguía en el juego.

–¿Qué me dice usted, Philippe? –preguntó Tessier.

El doctor escrutó sus cartas un poco más. Al cabo, dijo en tono confiado:

–Veo esos diez y subo otros diez.

Colocó los dos mugrientos billetes que le quedaban en lo alto de la pila de dinero cada vez mayor.

–Demasiado para mí –dijo Parmentier tras un cabeceo.

–Y para mí también –dijo el banquero. Dejó sus cartas boca abajo en la mesa.

–En ese caso, quedamos usted y yo, Philippe –dijo el alcalde. Se preguntaba si podía convencer al doctor para que tirase la toalla.

Los ojos de Philippe estaban fijos en sus cartas. Aguardó, a ver qué iba a hacer el alcalde.

–Lo veo –dijo Lascelles. Con gesto displicente, lanzó otros veinte francos al centro de la mesa.

Sonrió y dio la vuelta sus cartas. Eran un par de ases, otro par de reinas y un diez. La sonrisa permaneció firme en aquel rostro.

Despacio, alargando la agonía, el alcalde empezó a darle la vuelta sus cartas una a una. Un nueve, un siete, otro nueve, otro siete. La sonrisa de Philippe permaneció intacta hasta que el alcalde giró la última: otro nueve.

–Un *full* –dijo Tessier. El alcalde había ganado.

El doctor frunció el ceño tiempo que el alcalde recogía sus ganancias sin evidenciar la más mínima emoción.

–Es usted un bastardo con mucha suerte, Max –dijo Philippe.

Al alcalde le habría encantado explicarle a Philippe que, cuando se trataba de póquer, la suerte tenía muy poco que ver. En nueve de cada diez ocasiones, lo que decidía el resultado era más bien la probabilidad estadística y la capacidad de marcarse un farol.

El jefe de estudios empezó a barajar. Estaba a punto de empezar a repartir otra mano cuando todos oyeron que una llave giraba en la cerradura. El alcalde comprobó

la hora en su reloj de bolsillo hecho de oro: pasaban unos minutos de la medianoche.

—¿A quién se le puede haber ocurrido molestarnos a estas horas de la noche? —dijo.

Todos miraron hacia la puerta, molestos por tener que interrumpir la partida.

Los cuatro se pusieron en pie de inmediato cuando la puerta se abrió y entró el alcaide de la prisión. El coronel Müller se detuvo en medio de la celda, los brazos en jarras. El capitán Hoffman y su ayuda de cámara, el teniente Dieter, entraron tras el alcaide. La celda, al igual que la mano del alcalde, estaba llena. Todos llevaban el uniforme negro de las SS. Lo único que relucía eran los zapatos que llevaban.

—¡Heil Hitler! —dijo el comandante, aunque ninguno de los prisioneros respondió. Aguardaron, inquietos, a descubrir la razón de aquella visita. Se temían lo peor.

—Por favor, señor alcalde, caballeros, siéntese —dijo el comandante.

El capitán Hoffman colocó una botella de vino en el centro de la mesa. Al tiempo, su ayuda de cámara, como si de un sommelier bien formado se tratase, colocó un vaso frente a cada uno de ellos.

Una vez más, el doctor fue el único incapaz de ocultar la sorpresa. Sus colegas, por su parte, pusieron cara de póquer.

—Como bien saben —continuó el comandante—, ustedes cuatro serán liberados mañana a las 6:30 de la mañana, una vez cumplida su condena.

Ocho ojos suspicaces se centraron en el comandante.

—El capitán Hoffman los acompañará a la estación ferroviaria. Allí habrán de tomar el tren de regreso a Saint Rochelle. Una vez en casa, volverán a ocupar sus puestos como miembros del ayuntamiento. Mientras no llamen demasiado la atención, estoy seguro de que serán capaces de evitar cualquier bala perdida que pueda perjudicarles.

Los dos oficiales de menor rango se echaron a reír, tal y como se esperaba de ellos. Los cuatro prisioneros, por su parte, permanecieron en silencio.

–Sin embargo, caballeros –prosiguió el comandante–, es mi deber recordarles que aún sigue instaurada la ley marcial, y que dicha ley se aplica a todo el mundo, sin importar su rango o su posición social. ¿Me han entendido?

–Sí, coronel –dijo el alcalde en nombre de sus colegas.

–Excelente –dijo el comandante–. En ese caso, les dejaré que sigan con su partida. Los veré de nuevo por la mañana.

Sin mediar más palabra, el coronel giró sobre sus talones y salió, con el capitán Hoffman y el teniente Dieter justo detrás de él.

Los cuatro prisioneros permanecieron de pie hasta que se cerró la puerta. Volvieron a oír que la llave giraba en la cerradura.

El alcalde volvió a depositar su voluminoso cuerpo en la silla.

–¿Se han dado cuenta de que es la primera vez que el comandante se refiere a nosotros como caballeros?

–Y a usted como señor alcalde –dijo el jefe de estudios mientras se tocaba con aire nervioso el bigote–. Me pregunto qué habrá ocasionado semejante cambio de opinión.

–Apostaría –dijo el alcalde–, a que los asuntos en el pueblo no van muy bien desde que nos fuimos. Sospecho que el coronel estará encantado de vernos regresar a nuestros puestos en Saint Rochelle. Está claro que no tiene bastantes subordinados como para gestionar los asuntos del pueblo.

–Puede que tenga usted razón –dijo Tessier–. Sin embargo, eso no significa que tengamos que obedecerle.

–Estoy de acuerdo –dijo el alcalde–, sobre todo porque el coronel ya no tiene todos los ases en la mano.

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó el doctor Doucet.

—Para empezar, por la botella de vino —dijo el alcalde. Escrutó la etiqueta y, por primera vez en todo el día, sonrió—. No es muy antiguo, pero es más que aceptable.

Se llenó un vaso y a continuación le pasó la botella a Tessier.

—Por no mencionar sus modales —añadió el banquero—. Ahora no tenía esa retórica pomposa con la que suele sugerir que es una cuestión de tiempo hasta que la raza suprema haya conquistado toda Europa.

—Estoy de acuerdo con Claude —dijo Parmentier—. En clase siempre soy capaz de ver cuándo uno de mis chicos sabe que se va llevar un castigo, pero aun así espera librarse por poco.

—En cuanto Francia vuelva a ser libre, no tengo la menor intención de permitir que nadie se libre —dijo el alcalde—. Cuando los hunos se le tiren a su tierra natal, de la que nunca debieron salir, pienso reunir a todos los colaboracionistas y traidores y empezar a aplicar mi propia ley marcial.

—¿Qué es lo que tiene usted en mente, señor alcalde? —preguntó el jefe de estudios.

—Pienso raparles la cabeza en público a todas las ramerías que se hayan ofrecido a cualquiera que lleve uniforme. Por otro lado, los que hayan colaborado con el enemigo acabarán colgados en la plaza del mercado.

—Max, como abogado que es usted, pensé que preferiría llevar a cabo un juicio justo antes de administrar castigos —sugirió el doctor—. A fin de cuentas, ninguno de nosotros sabe la presión a la que se han visto sometidos algunos de nuestros compatriotas. En calidad de médico, puedo asegurarle que lo único que separa la aquiescencia de la violación es la más fina de las líneas.

—No puedo estar de acuerdo, aunque comprendo que usted siempre ha estado dispuesto a otorgarle a cualquier-

ra el beneficio de la duda –dijo el alcalde–. Yo no puedo permitirme ser tan indulgente. Voy a castigar a todos aquellos a quien considere traidores. Al mismo tiempo, dedicaré todos los honores a los valientes luchadores de la resistencia, quienes, al igual que nosotros, se han enfrentado enemigo sin importar las consecuencias.

Philippe hizo una inclinación de cabeza.

–No voy a fingir que siempre he estado dispuesto a enfrentarme a ellos –dijo el jefe de estudios–. Además, estoy convencido de que, debido a nuestro cargo, se nos ha dispensado un trato preferente.

–Solo porque es nuestro deber asegurarnos de que los asuntos del pueblo se llevan a cabo de la mejor manera posible según los intereses de aquellos que nos eligieron.

–No olvidemos que muchos de nuestros colegas concejales prefirieron dimitir antes que colaborar con el enemigo.

–Yo no soy ningún colaboracionista, Philippe. Jamás lo he sido –dijo el alcalde, y dio un puñetazo en la mesa–. Más bien al contrario, siempre he intentado entorpecer sus planes. De hecho, puedo asegurar sin miedo a equivocarme que, en varias ocasiones, he conseguido frustrarlos. Seguiré intentándolo cada vez que se presente la más mínima oportunidad.

–No será muy fácil mientras esa esvástica siga ondeando en lo alto del ayuntamiento –dijo Tessier.

–Pues yo le aseguro, Claude –prosiguió el alcalde–, que yo mismo me encargaré de prender fuego a ese malvado símbolo tan pronto como los alemanes se retiren.

–Cosa que podría tardar tiempo en suceder –dijo el jefe de estudios.

–Cierto, aunque no hemos de olvidar que somos franceses, señores. –El alcalde alzó el vaso–. Vive la France!

–Vive la France! –exclamaron al unísono los cuatro hombres, al tiempo que alzaban sus vasos.

—¿Qué es lo primero que hará usted cuando llegue a casa, André? —preguntó el doctor, en un intento por relajar el ambiente.

—Darme un baño —dijo el jefe de estudios. Todos se echaron a reír—. Luego volveré a mi clase e intentaré enseñarle a la siguiente generación que la guerra tiene poco o ningún sentido, ya sea para el vencido o para el vencedor. ¿Qué me dice usted, Philippe?

—Yo regresaré al hospital. Supongo que encontraré los pabellones llenos de jóvenes que regresan del frente, heridos de más formas de la que puedo llegar a imaginar. Por no mencionar a los enfermos y a los ancianos que habían esperado disfrutar de los frutos de la jubilación y se han encontrado aplastados por una potencia extranjera.

—Todo de lo más encomiable —dijo Tessier—. A mí, sin embargo, no habrá quien me impida y directo a casa y encamarme con mi esposa. Le aseguro que ni me molestaré en darme un baño.

Volvieron a reír los cuatro.

—Amén —dijo el jefe de estudios con una risita—. Yo haría lo mismo si mi esposa fuese veinte años más joven que yo.

—Por otro lado —dijo el alcalde—, a diferencia de Claude, André no ha desflorado a la mitad de las vírgenes de Saint Rochelle con promesas y lisonjas.

—Bueno —dijo Tessier una vez que el alcalde dejó de reírse—, al menos lo que me interesa son las chicas.

—Y supongo, Tessier —dijo el alcalde con tono de voz distinto—, que usted regresará al banco para asegurarse que todos sus asuntos están en orden, ¿verdad? Recuerdo exactamente cuánto había en mi cuenta el día en que nos detuvieron.

—Allí seguiré hasta el último franco —dijo Tessier con una mirada directa al alcalde.

—¿Más seis meses de interés?

—¿Y qué hará usted, Max? —contraatacó el banquero en el mismo tono afilado—. ¿Qué piensa hacer después de colgar a la mitad de la población de Saint Rochelle y raparle la cabeza a la otra mitad?

—Lo que haré será continuar con la abogacía —dijo el alcalde, pasando por alto la puya de su amigo—. Sospecho que habrá una larga cola a la entrada de mi despacho; gente que necesitarán mis servicios —añadió, al tiempo que volvía a llenar el vaso de todos los presentes.

—Yo incluido —dijo Philippe—. Necesito alguien que me defienda cuando no pueda pagar mis deudas de juego —añadió con un ápice de autocompasión.

—Quizá deberíamos declarar un armisticio —sugirió el jefe de estudios—. Olvidemos los últimos seis meses y dejemos la cuenta a cero.

—De ninguna de las maneras —dijo el alcalde—. Todos hemos acordado comportarnos bajo las mismas reglas que se aplicaban cuando estábamos en el exterior. Un caballero siempre honra sus deudas de juego. Creo recordar que esas fueron sus palabras exactas, André.

—Pero —dijo Philippe mientras echaba un vistazo a la última línea del cuadernito negro de banquero—, si borramos la cuenta de los últimos seis meses, todas mis deudas quedarían saldadas.

No añadió que, en lo que había durado su encierro, todas las noches había sido noche de viernes, noche de partida. El doctor Doucet empezó a darse cuenta por primera vez de cuánto dinero había debido de amasar el alcalde a lo largo de todos aquellos años.

—Ha llegado la hora de pensar en el futuro, no en el pasado —dijo el alcalde en un intento de cambiar de tema—. Pretendo convocar una reunión del ayuntamiento en cuanto regresemos a Saint Rochelle. Espero que todos ustedes en presentes.

—Y, ¿cuál habría de ser el primer punto a tratar en el orden del día, señor alcalde? —preguntó Tessier.